

LUIS MOYA. RECUERDO DE UN MAGISTERIO

*A propósito de la Exposición La arquitectura de Luis Moya Blanco,
(1904-1990).*

José Laborda Yneva, Arquitecto y crítico de la arquitectura, es director de la cátedra de arquitectura de la Institución Fernando el Católico, Zaragoza, CSIC

Sin duda Luis Moya pertenece al recuerdo positivo del magisterio de la arquitectura. Habrá quienes participen de su manera de aceptar el clasicismo, tal vez otros supongan que esa manera pertenecía a un tiempo que ya no corresponde al nuestro; pero todos ellos han de coincidir en que Moya supo transmitir una forma de ver la arquitectura necesariamente atractiva. En Moya residió el atractivo que proviene del saber y del saber decir lo que se sabe, el magisterio. Moya poseyó como casi nadie el don de enseñar. Y es que su conocimiento le pertenecía de forma esencial, tras haber conocido mucho. A Moya le gustaba alejarse de las cosas, interponer espacio entre ellas y su pensamiento; así conseguía verlas con completa claridad. No es que necesitase artificios para conseguir conocer; es que, alejándose, contemplaba cuanto había entre él y las cosas, cuanto cabía ser conocido. Encontraba relaciones, establecía acuerdos o divergencias, su cabeza emitía registros insospechados que colocaban todo en su lugar. Ése era su método, alejarse y ver.

Moya estudiaba y leía incansablemente, le gustaba leer las cosas en sus lenguas propias

para no perder matices, los alemanes sobre todo. No es lo mismo leer a los alemanes traducidos; en ellos reside el pensamiento y, sin duda, lo propio del pensamiento es percibirlo de forma directa, no a través de otros. A veces se ha intentado analizar el clasicismo de Moya; se ha dicho de él, incluso, que resultaba antimoderno. No estoy seguro de que eso sea así; me parece, en cambio, que lo que Moya era desde luego es antiefímero. Porque, ¿en qué consiste ser moderno? ¿Tal vez en permanecer atento a la moda para sumarse a ella? Seguramente lo moderno cabe ser definido como lo atento a la inteligencia, al estímulo que, a costa de conocer mucho, impide resultar deslumbrado por lo efímero. Moya fue, sin duda, antiefímero; pero ¿antimoderno? Antimoderno, no; para ello hubiera tenido que ir en contra de sí mismo.

Otra cosa es que su modernidad indudable coincidiese o no con el habitual sentido de entender la modernidad. Moya fue alguien intelectualmente avanzado, estricto en su pensamiento, en su razón, en su sentimiento, en su manera de ver la vida. Encontró en el clasicismo su razón de ser, de sentir, y de ver y aplicó

a todo ello su insólita curiosidad por las cosas, su enorme capacidad de sorpresa, su sorprendente sentido de la lejanía. Así fue su vida y su obra, coherente con su pensamiento, con su singular sentido de la modernidad intelectual.

Ahora, diez años después de su muerte, el Ministerio de Fomento ha promovido una exposición sobre su obra —«La arquitectura de Luis Moya Blanco, 1904-1990»— y ha acopiado imá-

genes de sus edificios cuando fueron construidos y en el momento actual. Ha reunido documentos originales, plantas, alzados, secciones, detalles, dibujos, maquetas, y ha construido otras nuevas para esta ocasión. Todo ello ayuda a explicar en síntesis lo que hizo y, tal vez, los motivos por lo que lo hizo; sin embargo, la síntesis de Moya se compuso tanto de sus obras como de su delicada presencia intelectual, algo que ya no es posible sino recordar. **J.L.Y.**

